

criar á sus hijuelos, á servir al hombre, y todo eso para procurar al sér humano su verdadera primacia. Cuanto mas se deprime al animal, tanto mas se ensalza al hombre; intentando borrar la semejanza entre el hombre y el animal, se evita el temor de que este pueda perjudicar á su titulado señor; si concedemos inteligencia al animal, no le podemos negar completamente el libre albedrío; mas considerándose el libre albedrío como una de las propiedades del espíritu humano, esta cualidad le debe pertenecer exclusivamente, haya ó no razon para ello.

¡Cuánto degrada al hombre tal modo de pensar en vez de elevarle!... El que tenga su mente libre de prejuicios lo conocerá de seguida.

La doctrina del «instinto» de los animales no puede apoyarse, ni sostenerse, sino en la suposición de antitesis que no existen. Conviene saber que, con la palabra «instinto» no se comprende el *impulso de la naturaleza*, sino la facultad de obrar convenientemente, sin tener que recurrir á su cerebro y obedeciendo á órdenes que le son trasmitidas, sí, pero que el animal no comprende.

No podemos llamar á esta facultad impulso de la naturaleza, porque el hombre también comete muchos pecadillos con plena conciencia de lo que hace, obrando en este caso por impulso de las llamadas impresiones y por eso se acoge á esa palabra «instinto» faltándole la expresión apropiada y verdadera.

No pudiendo por mí mismo explicar, como desearia, la fuerza de la voz «instinto», trataré de hacerlo, valiéndome de las palabras de mis adversarios.

«Tenemos la convicción de que un sér que aspira á un fin cualquiera, debe estar dotado de ideas, reflexión y pensamientos y que en la tierra solamente el hombre posee tales dotes.

»El animal no piensa, ni reflexiona, ni tampoco se propone ningún fin; luego si obra convenientemente, otro debe haber pensado por él.—Una ley superior dicta á todos los animales el modo y manera de defenderse; únicamente el hombre obra según su propia razón.—En las acciones de los animales se ocultan sin duda pensamientos y pensamientos profundos; pero el animal nunca ha reflexionado por sí solo, lo mismo que tampoco reflexiona una máquina, cuyo trabajo representa una cadena de ideas personificadas.

»El pájaro canta sin interés personal alguno; canta porque debe cantar en un tiempo dado, sin poder oponerse á ello, y no puede, ni debe cantar fuera de aquel tiempo marcado.—El pájaro lucha, porque debe luchar, obedeciendo á órdenes superiores.—Hay que considerar que los mismos animales no pugnan por obtener una cosa, con conocimiento de lo que hacen; no desean la posesión tranquila de sus hembras, ni luchan y se esfuerzan por adquirirlas con intención y propósito deliberado. Obran como simples seres naturales, obedeciendo á las leyes de la vida, absolutamente necesarias y severas. No obran por sí mismos, sino obligados á ello por leyes superiores que determinan esas manifestaciones inherentes á la vida. Entre ciertas especies de pájaros, la madre sola no es suficiente para criar á sus pequeñuelos: el padre debe ayudarle y esto por orden superior; ese cuidado con que fabrican su nido, la manera cómo buscan el alimento para su prole no tienen valor propio alguno, porque son la consecuencia inmediata de un mandato que no comprenden, pero al cual obedecen.—Aquí no hay libertad, ni voluntad; la lucha de sentimientos opuestos no existe; la vida de corazón y de conocimiento que determinarían el modo de obrar del animal desaparecen. Sin saber lo que hace, ni por qué lo hace, se encamina directamente á su fin, á su objeto.—Los animales no se apartan de su natural modo de acción, ni re-

ciben dos órdenes opuestas; en este caso se dejan guiar por la mas fuerte y el segundo mandato no se ejecuta, ó al menos no del modo que lo ordena la naturaleza. Quien supone en el animal meditación y cálculo se engaña, y le eleva á un grado espiritual, que solo pertenece al hombre.—Los pensamientos no nacen de ellos; imperan, por decirlo así sobre ellos; no son propiedad suya, por eso no pueden obrar en su propio nombre, ni con independencia; se ven fisiológicamente obligados é incitados á obrar de acuerdo con los pensamientos que se les han inculcado pasivamente, etc.»

No se crea que he inventado los párrafos que acabo de citar casi palabra por palabra, sino que son de todo un cateórico de zoología. Si se pretendiese elevar tales desahogos á la categoría de tesis infalibles de fe, no podríamos contestar una palabra; pero se exponen tales doctrinas como resultado de «meditación profundísima», de averiguaciones minuciosas; se interpreta, se hacen pasar suposiciones atrevidas y destituidas de sentido común, por progresos de la ciencia, llegando la audacia al punto de negar el derecho de opinar de distinto modo.

Tales procedimientos podrían pasar sin réplica en otra época, pero hoy las cosas han cambiado. Nuestra análisis moderna no se alimenta con hipótesis; renuncia quizás á ver y leer el boletín oficial de la naturaleza; pero exige pruebas demasiado convincentes para que meras suposiciones puedan pasar al estado de doctrina aceptable; pide razones fuertes é incontestables, antes de trasladar al terreno de la verdad admitida una hipótesis mal fundada.

Procuraremos sacar algunas deducciones de la doctrina del «instinto.» El animal, dicen sus propagandistas y sectarios, obra, distinguiéndose en eso del hombre, exclusivamente en favor de este, en consecuencia de mandatos que no comprende, pero que sin embargo acata. Admitamos por un momento esta aserción, y séanos lícito entonces preguntar al cazador, qué haría con el perro Caro, que debe buscar las perdices, si, impulsado por el instinto, quisiera jugar con el perro Nemrod?... La contestación del cazador no es dudosa; diría que haría probar su látigo á Caro. Preguntemos al cochero, al campesino, al pastor si se conformarían con semejantes órdenes del instinto, al llevar al trabajo ó al pasto á los animales confiados á su custodia. «No, responderían inmediatamente; nosotros, los hombres, por amor de quienes todo ha sido criado, no podríamos nunca servirnos de esclavos del instinto.»

¿Valdría decir en tales circunstancias que el caballo, el buey, el perro, fueron criados para el servicio del género humano y que por consecuencia le deben obedecer, teniendo disculpa si desacatan órdenes superiores? ¿Habría quien se atreviese á afirmar que el caballo obra por mandato superior, cuando se escapa con el coche y arneses? Lo hace sin conocimiento de causa, dicen. La fuga del caballo, cualquiera otra acción del animal que á nosotros nos parezca punible ó en cualquier otro concepto desagradable, debería considerarse ejecutada por orden superior, de la cual el animal, máquina sin conocimiento, no podría nunca ser responsable. De todas las acciones del animal, que nos parecen tonterías, ¿deberíamos achacar la responsabilidad á otro? El pensar así sería una rebelión, casi una infamia. La sana razón humana, poder muy desagradable para estos habladores, pero efectivo y que no se puede negar, juzga de otro modo.

Estamos seguramente muy distantes todavía de conocer perfectamente al animal y de haber penetrado en su vida íntima; lo estudiamos atentamente, con la buena intención de conocerlo bien; pero cada año, cada día, se aumentan nuestros conocimientos y hace mucho tiempo ya, que hemos admitido, como una verdad, las palabras de oro de *Scheitlin*:

«¡Todo el animal está en el hombre, pero no todo el hombre en el animal!»

El animal obra tan razonablemente como se lo permite su cerebro. Este cerebro puede estar mas ó menos desarrollado, ser mas ó menos perfecto, y por lo tanto, sus acciones muy diversas; pero una actividad del cerebro, y no otra cosa, regula y ordena su modo de obrar. Casi lo mismo sucede con el hombre. La opinión, hoy aceptada, sobre las ideas de espíritu y alma, está basada en la suposición, reconocida como verdad, de que el espíritu es una actividad, un efecto, un producto, una fuerza, ó cualquiera otro nombre que se le quiera dar, del cerebro. Para la admisión de esta verdad hay pruebas mas poderosas de las que nuestros adversarios quisieran confesar: una herida en el cerebro produce siempre debilidad en la inteligencia. *Causas iguales producen efectos iguales*: para juzgar las facultades espirituales de un animal, no necesita el anatomista observar su manera de vivir, le basta una análisis cuidadosa del cerebro; pero los animales tienen cerebro, al menos los vertebrados, y algunos de ellos lo tienen muy perfeccionado y parecido en alto grado al del hombre. ¿Podría por lo tanto el cerebro del animal funcionar de manera diferente al del hombre? Que crea esto el que lo quiera y pueda hacerlo, sin ponerse en desacuerdo con su cerebro.

¡Ya no nos dejamos engañar por explicaciones ridículas y vana oratoria! «*Contemplación natural de las cosas*» con estas pocas palabras definió *Rossmassler* la divisa de nuestra época. Si por consiguiente un perro hace buen uso de su cerebro, decimos que es astuto ó prudente. Dejemos por ahora á un lado el «conocimiento superior» que piensa por él y abandonémosle á su propio conocimiento, si os conviene mas.

¿Qué perjuicio ó qué daño recibe el hombre concediendo al animal lo que es suyo, es decir, el conocimiento? ¿Se hace con eso desaparecer la distancia que separa al hombre del resto de los animales inferiores á él? ¿Pierde su posición, la conciencia de su valor, su fuerza, su dignidad, sintiéndose el primero entre innumerables seres, que grado á grado van perdiendo sus facultades? ¿Con tal suposición sufre algún daño su pensar, su manera de sentir? ¿Qué es mejor, vivir entre máquinas y servirse de ellas, ó tratar con seres espiritualmente activos y que obran del modo que corresponde á sus facultades individuales?

Que esa «meditación profunda» conteste á estas preguntas como quiera; por mas que diga, no podrá dejar de reconocer esta única verdad: «*Todo el animal está en el hombre, pero no todo el hombre en el animal!*»

El mamífero posee memoria, razón y sentimiento, y con frecuencia hasta su carácter se halla claramente definido. Tiene la facultad de comparar, la noción del tiempo, del espacio, de los colores, de los beneficios, de la gratitud, del juicio y de la voluntad. Se aprovecha de la experiencia; conoce el peligro y trata de evitarle; demuestra amor y odio; amor á su compañera, á sus hijos, á sus bienhechores y á sus amigos; odio á sus enemigos y rivales. Es capaz de reconocimiento y fidelidad, así como de consideración ó desprecio; experimenta alegrías y penas, cólera y dulzura; es prudente, astuto, honrado ó hipócrita. Si prudente, reflexiona, cuenta, considera, lo calcula todo antes de obrar; si apasionado, expone la libertad y la vida por realizar su deseo. En el animal se observa con frecuencia una abnegación que le impulsa á sacrificarse por el bien común; cuida á sus semejantes si están enfermos; los sostiene si se sienten débiles, y comparte con ellos su alimento cuando tienen hambre. Se sobrepone á sus deseos y pasiones, aprende á dominarse; da pruebas de voluntad y energía; se acuerda del pasado y hasta prevé el

porvenir, y ahorra para lo futuro. Estas facultades intelectuales variadas determinan su carácter.

El mamífero es atrevido ó temeroso, valiente ó cobarde, temerario ó tímido, honrado ó ladrón, franco ó disimulado, recto ó hipócrita, orgulloso ó humilde, confiado ó receloso, obediente ó terco, servicial ó dominante, pacífico ó pendenciero, alegre ó triste, juguetón ó melancólico, sociable ó solitario, amigo ó enemigo de todo el mundo.

Me sería necesario escribir todo un libro, como *Scheitlin*, si quisiera extenderme en pormenores acerca de la inteligencia de los animales. Lo que ya he dicho basta para cualquiera que no tenga ideas preconcebidas; y ni aun los mas fervientes y orgullosos adoradores del hombre podrán negar que es verdad. Prescindiendo de esto, la historia particular de las especies nos ofrecerá ocasión para citar ejemplos.

EDUCACION.— Debemos indicar aun el desarrollo de estas facultades bajo el imperio de la educación. A semejanza de lo que observamos en el hombre, vemos que entre los animales se civilizan y educan unos, mientras que otros son groseros y mal enseñados. El que amaestra á un animal, ejerce sobre él una gran influencia: una hembra bien enseñada trasmite una buena parte de sus cualidades á los hijuelos, pero el hombre es quien mejor puede adiestrarlos. Con el tiempo llega á ser un perro la imagen de su amo, y hasta se apropia su carácter: el perro de caza, el del marinero, los perros de los lapones, de los esquimales y de los indios nos recuerdan el carácter de sus diversos amos. Solo el hombre puede enseñar al animal, y prueba de ello tenemos en los perros falderos ó en los gatos de las viejas, los cuales no están enseñados, sino mimados: para educar á un animal se necesita firmeza y energía, no demasiada dulzura y debilidad.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— El área de dispersión de un mamífero es mas reducida que la de un ave, de un pez y hasta de un reptil. Únicamente los mamíferos marinos pueden cambiar notablemente de residencia: las focas, varios delfines y dos especies de ballenas se encuentran en los mares de todas las partes del mundo. Los mamíferos marinos nos demuestran también que los animales de esta clase son terrestres, puesto que habitan en las costas mas bien que en plena mar.

El área de dispersión es mas reducida aun en los continentales, en los cuales muchas especies solo ocupan comarcas muy circunscritas. Se ha dividido la tierra, con relación á sus habitantes, en varias regiones zoológicas, cada una de las cuales ofrece sus animales propios; dos regiones correspondientes los tienen análogos, aun cuando la una se extienda desde la llanura á la montaña, y la otra desde las latitudes inferiores hasta las extremas.

Para que se comprenda mejor, indicaré cuáles son esas regiones y sus habitantes.

La primera comprende el *árculo polar ártico*: la diferencia entre ambos continentes está indicada, pero es escasa. El oso blanco, dos especies de glotones, la zorra azul, varios lemmings, dos especies de liebres de las nieves, el lagomys, el reno, varias focas, el cachalote, el narval, la ballena *boops* y la comun, son los animales característicos que allí se encuentran. La región superior de los Alpes, á mas de 2,000 metros de altitud, corresponde á la región polar y está habitada por las gamuzas, la cabra montés, una especie de murciélago de las nieves, la marmota y la liebre de los Alpes.

La *zona templada* del hemisferio norte es mucho mas rica en géneros y en especies, tanto bajo el punto de vista de los animales como de los vegetales; comprende dos regiones: la occidental y la oriental *Wagner* divide la primera en otras

cinco, á saber: la Europa central, la Europa meridional, el Africa septentrional, la Siberia del sur y las estepas del Turan. A estas cinco regiones son comunes: cuatro especies de murciélagos, dos de musarañas, la zorra, la rata y el arvicola anfibio. En la mayor parte de estas regiones se encuentran murciélagos, musarañas, el topo, el oso, el tejón, casi todos los mustélidos, el lobo, el linco, la ardilla y el ratón. La Europa central tiene como propios algunos murciélagos y musarañas, una especie de lirón, otra de espalax y cuatro de arvicolas y el uro; en la Europa meridional hay varios murciélagos, una especie de desman, el topo ciego, una comadreja, el icneumon, el linco, un arvicola, la liebre y la oveja silvestre; en el Africa hay una especie de mono grande, una de erizo, otra de macroscélido, el icneumon, el fenec, el linco del desierto, la ardilla berberisca y una especie de gerbo; en la Siberia y el Turan se halla el erizo de grandes orejas, el corsaco, el manul, la cibelina y el antilope de las estepas.

El tejón, el linco, el gato salvaje, el erizo, el topo, el espalax, los murciélagos, el ciervo, el corzo, la oveja silvestre y los uros deben ser considerados como animales característicos de la región oriental.

La mitad occidental de la zona templada está caracterizada por la presencia de varios murciélagos y musarañas particulares, osos de América, ratones, una especie de gloton, la nutria común, la nutria de mar, varios perros, el gato unicoloro, algunos didelfos, diversas ardillas, esciuropiteros, marmotas, arctomís, pequeños roedores, muchas liebres, diferentes ciervos, dos antílopes, el carnero de las montañas y el bisonte. No puede negarse que existe una gran semejanza entre los animales de las dos mitades oriental y occidental de la zona templada.

No sucede lo mismo si comparamos entre sí los diversos países de la zona tropical, pues cada uno tiene su fisonomía particular, siendo únicamente algunos tipos comunes á todos. Es demasiado rica la naturaleza de los trópicos, y los caracteres de cada región demasiado diversos, para que los animales no presenten también las mismas diferencias. El Asia superior forma la transición entre la zona septentrional y la tropical, y como tiene algo de las dos, debemos hablar de ella aunque no sea más que de paso. Comprende el Asia central, el Japon, el Nepal y los países del Eufrates; sus animales característicos son: el cinocéfaló del Japon, dos especies de quirópteros frugívoros, algunos verdaderos murciélagos, musarañas, una especie de topo, el oso de collar, el tejón del Japon, el veso rayado, varios icneumones y ginetas, ardillas voladoras, pequeños roedores, liebres y marmotas especiales, el hemione, el cerdo del Japon, la gamuza, el almizclero, diversos ciervos y antílopes, el macho cabrío del Cáucaso, las cabras de bezoar y del Tibet, algunos carneros y el yak.

Otros animales pertenecen á la vez al Asia superior y á la zona septentrional ó al Asia superior y á la zona tórrida.

El Asia del sur es más rica que los países mencionados, y se encuentran allí exclusivamente muchos animales. Esta región comprende la India, la Indo-China, Java, Sumatra, Borneo y las Molucas. Allí es donde habitan el orangutan, los gibones, la mayor parte de los macacos y de los loris, el maquí enano, la liza, los grandes murciélagos, el oso de collar, el oso juglar, la rata, varias especies de gatos de algalia, ginetas, icneumones, diversos perros, el león de Asia, el tigre, la pantera, el lobo tigre y otros felinos, las mayores especies de teromís, algunos armadillos, el asno salvaje, el elefante de Asia, el rinoceronte y el tapir de la India, varios cerdos, entre los que se cuentan el jabalí de la India, el almizclero, el nilgo, el antilope común y varias especies de bueyes.

El Africa presenta también una fisonomía especial y mamíferos peculiares, tales como el gorila, el chimpanzé, los cercopitecos, los colobos, los cinocéfalos, muchos hemipitecos, especialmente en Madagascar, murciélagos particulares, el erizo, musarañas, varias ginetas y gatos de algalia, el otocion de grandes orejas, el fenec, otras varias especies de perros, la hiena, el licaon, el león, el leopardo, el lobo tigre, el cerval, el caracal, el icneumon, las ardillas terrestres, lirónes especiales, los gerbos y las gerbillas, el hormiguero del Cabo, dos armadillos, la cebrá, el cuaga, el elefante de Africa, tres rinocerontes, el hipopótamo, el damon, la girafa, varios antílopes, algunos machos cabríos, el carnero de crin, dos especies de búfalos y una de foca con orejas.

Pero aun hay una gran semejanza entre esta región y las partes análogas del Asia y hasta de Europa. Los animales de las estepas y del desierto se parecen á los de las estepas del Turan. La fauna de la porción de suelo africano que continúa siendo bosque, se manifiesta claramente: los ciervos faltan en el Africa central y meridional, y las ardillas han llegado á ser animales terrestres. Por sus paquidermos y por la girafa, el Africa aparece como un centro de creación distinta.

La América es completamente opuesta al Africa: sus altas montañas y sus bosques inmensos parecen haber impreso su sello en los seres que allí habitan. En aquella tierra todo es nuevo, todo particular, y las especies animales apenas recuerdan los tipos del antiguo continente. Los animales más notables de la América central y de la del sur, son: los monos aulladores, los de cola prensil, es decir, dos familias: los platirinos y los arctopitecos; vampiros, ursídeos, mofetas, nutrias, perros, el puma, el cuguardo, el jaguar, la onza, el gato oceloide, varios marsupiales y muchos roedores, entre los cuales se cuentan los ratones y las chinchillas; entre los desdentados figuran el perico ligero ó perezoso, los tatis ó armadillos y los hormigueros, dos especies de tapir, el cerdo almizclado, varios ciervos y cuatro especies de llamas, etc. Comparativamente con el número de órdenes, de familias y especies de aves, la América del sur parece pobre en mamíferos; pero cuando se reflexiona cuánta es la variedad de géneros y el número de especies, se piensa de muy distinto modo.

Algunos naturalistas, y entre ellos Wagner, separan del resto de la América del sur, á Chile, las Pampas del Rio de la Plata, la Patagonia y la Tierra del Fuego, formando una región aparte en la cual no se encuentran como animales especiales más que los siguientes: una especie de murciélagó, una de mofeta, el perro del estrecho de Magallanes, el leopardo de las Pampas, varios roedores, entre los que se comprenden las chinchillas y un castor, y algunos mamíferos marinos.

Pobre en mamíferos, la Australia se nos presenta con su fisonomía enteramente especial. Es la patria de los animales didelfos y se conocen ciento cuarenta especies de mamíferos australianos, entre los que figuran ciento diez pertenecientes al orden de los marsupiales, como por ejemplo, los kanguros y los falangistas. También se encuentran el dingo, el ornitorinco y el equidno.

Si resumimos estos datos bajo el punto de vista de los órdenes y las familias, llegamos á los resultados siguientes: Los monos no se encuentran más que en los países cálidos; las regiones oriental y occidental contienen familias, géneros y especies claramente distintas; los hemipitecos solo habitan en la zona tórrida del antiguo mundo; los marsupiales no se hallan más que en Australia, en América y en Asia; los desdentados faltan en Europa, así como los rumiantes y los claviculados en Australia; los solípedos son exclusivamente

originarios del Asia y del Africa; y los quirópteros, los carnívoros, los roedores y los mamíferos marinos habitan todas las regiones del globo.

El área de dispersión de cada especie se extiende más del este al oeste que del norte al sur, y los animales de la primera y segunda división se parecen más entre sí que los de la tercera y la cuarta. Hay, sin embargo, analogías entre las dos zonas, ártica y antártica, y hasta en los países norte y sur de una misma parte del mundo, del Africa por ejemplo. Bien puede decirse, por lo tanto, que en los países semejantes habitan animales análogos, cualquiera que sea la distancia que los separe.

El número de especies de mamíferos conocidas hasta ahora y que viven en la actualidad, pasa de 2,000: unas 150 se encuentran en Europa, y de ellas 60 le son propias; 250 en Africa; 350 en Asia; 400 en América, y 140 en Australia. Respecto á los órdenes, cuéntanse 230 especies de monos, 320 de quirópteros, 410 de carnívoros, 130 de marsupiales, 620 de roedores, 35 de desdentados, 33 de multiungulados, 7 de solípedos, 180 de rumiantes, 33 de pinípedos y 65 de cetáceos.

No tenemos la pretensión de exponer estos datos como de una completa exactitud.

DISTRIBUCION GEOLÓGICA.—La clase de los mamíferos no ha sido la última en presentarse en la gran escena del mundo, pues su primera aparición data del terreno triásico y la representa el *Microlestes antiquus*, pequeño insectívoro descubierto por el Dr. Plieuningger, de Stuttgart, en el horizonte del keper, en Diegerloch, á 3 kilómetros al sudeste de la capital de Wurtemberg.

Consignado y puesto fuera de toda duda este hecho, hay que remontar hasta la grande oolita de Stonesfield, Inglaterra, para ver aparecer de nuevo otros mamíferos representados por los *Amphitherium Prevosti* Cuvier, y *Broderipii* Owen, y por el *Phascolotherium Buklandi* Broderip, cuyos restos motivaron serias discusiones, siendo general la opinión de que pertenecen á la sub-clase de los didelfos ó marsupiales.

En los horizontes superiores jurásicos ni en todo el terreno cretáceo se han encontrado hasta el presente restos fósiles de mamíferos, y hay que llegar al terreno terciario para ver presentarse todos los órdenes de esta gran clase desde los marsupiales hasta los cuadrumanos y el hombre mismo, según los más recientes documentos de la Paleontología aplicada á la primitiva historia humana. A partir del terciario inferior puede asegurarse que, si exceptuamos los paquidermos y desdentados, los demás órdenes van en aumento hasta la época actual. En cada horizonte de los terrenos terciario y cuaternario se observa una fauna mamalógica característica que no va más allá del piso donde se encuentran sus restos fósiles. En este concepto los mamíferos pueden distribuirse en las faunas siguientes:

1.^a Eocena, compuesta ó representada por los géneros *Lophiodon*, *Paleotherium*, *Anthracotheurium*, etc., y por la primera aparición de los cuadrumanos

2.^a Miocena, constituida por los géneros *Dynotherium*, *Mastodon*, *Manatus*, *Hiparion*, *Pitecus*, etc.

3.^a Pliocena, formada por *Elephas*, *Rhinoceros*, *Dryopitecus* y por la primera aparición del hombre.

El cuaternario encierra la fauna del mammoth y del oso de las cavernas, que es la más inferior; la del reno, gloton, marmota y demás mamíferos actualmente vivos pero emigrados á latitudes más septentrionales que las que ocupan á la sazón, y á regiones alpinas, y por último, la representada por

animales domésticos, tales como el perro, caballo, buey, etc., que insensiblemente pasa á la actual.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Las facultades físicas é intelectuales de un mamífero son las que determinan su género de vida en el país donde fué creado. Cada uno se arregla según sus facultades; cada cual hace uso de la manera más completa de las aptitudes que le han sido concedidas; y en esto vemos que no puede negarse á ningún animal cierta voluntad é independencia.

Los mamíferos sienten naturalmente las influencias de la localidad de un modo más directo que la ligera y movediza población del aire; y por ello saben utilizar esa misma influencia mejor y de un modo más variado que las aves.

Los mamíferos, salvo algunas excepciones, son animales esencialmente terrestres, y lo son tanto más, cuanto mayor es la perfección de su organismo.

En las aguas encontramos las formas más pesadas y groseras; en la tierra, las más nobles y perfectas. Los mayores mamíferos terrestres no son sino pigmeos al lado de la ballena; el agua facilita el movimiento de tan enorme masa, y cuanto más fácilmente pueda moverse un animal, más grande puede ser. También sucede lo contrario, como lo vemos en todos los animales que para moverse necesitan desplegar una gran fuerza. Los mamíferos escarbadores, tales como los topos, y los voladores, como los murciélagos, pueden servirnos de ejemplo; tan reducida es en ellos la masa del cuerpo como exagerada en los mamíferos marinos.

A primera vista se reconoce que la foca ó la ballena han sido creadas para nadar; el murciélagó para volar; el mono, la ardilla y el gato para saltar; el topo para escarbar; los multiungulados, los solípedos y los rumiantes para correr. La voluntad interviene aquí de nuevo para elegir el sitio donde ha de fijar el animal su residencia.

Respecto á este último punto podemos decir que los monos del antiguo continente habitan sobre los árboles ó en las rocas; los del nuevo y los hemipitecos son exclusivamente arborícolas. Los quirópteros viven en el aire, pero duermen en los árboles ó en las rocas. En cuanto á los insectívoros, unos viven sobre la tierra, otros debajo, y algunos en los árboles; los carnívoros habitan también en los árboles, en las rocas, en las llanuras, en la falda de las montañas y en las aguas dulces ó saladas; la mayor parte son terrestres, y solo algunos residen á veces en los subterráneos. Los marsupiales se encuentran sobre la tierra, en cavernas, en el agua y en los árboles; los roedores en todas partes menos en el mar, y ordinariamente en agujeros; los desdentados son animales terrestres, arborícolas ó habitantes de las cavernas; y los paquidermos, la mayor parte viven sobre la tierra, algunos en los pantanos y hasta en el agua. Los solípedos y los rumiantes son animales terrestres, algunos de los cuales habitan en las rocas; las focas y los cetáceos son animales marinos.

INFLUENCIA DE LA LOCALIDAD.—Cada país, no solo en el sentido más extenso de la palabra, sino en la más reducida acepción, imprime en los animales un sello especial; y esta conformidad del ser con el lugar que habita, se manifiesta así en la forma de los órganos, como en el color del pelaje. Generalmente, el animal tiene colores que se armonizan con los de la localidad donde vive; y es fácil comprender que aquel se aprovecha de esta circunstancia, que le permite, como al carnívoro por ejemplo, acercarse á su presa sin ser notado, y á los débiles ocultarse á los ojos de su perseguidor.

Léjos de mi ánimo la idea de considerar la armonía de colores entre el animal y el lugar en que habita como un